

DÉCIMAS

Amante fino y rendido
Tu amistad solicité,
Y tan infeliz fui que
Me ví al fin correspondido.

Mi buena suerte ha querido
Te llegues de mi olvidar,
Ya no tengo en que pensar
Pues veo tu proceder;
Con que empieza á aborrecer
Que yo tambien sé olvidar.

Si de haber tu amor mudado
Algun sentimiento hiciera,
Porque se acabó no fuera,
Si no por lo que ha durado.

Solo yo, que ciego he estado,
Tu amor hubiera creído,
Tarde en la cuenta he caído :
Mas para enmendar mi error
Si á ti te falta el amor,
Á mí me sobra el olvido.

No has visto cuando á tocar
Vá un músico un instrumento,
Que pone el oído atento
Para poderle templar,

Y despues de trastear
Una cuerda falsa siente,
Sube la mano impaciente,
Tuerce la clavija airado,
Y dá por bien empleado
Que la cuerda se reviente?

Pues así yo, tocador
En instrumento de amar,
Quise mi amor acordar,
En la cuerda de tu amor.

Hallé que estaba en tenor,
Quise subirla y disuena,
Vuelvo á tocarla sin pena,
Estaba falsa y saltó.....
Pues que deberé hacer yo?
— Poner otra cuerda buena

FRANCISCO ORGAZ

Nacido en la Habana, habia, muy jóven aun, adquirido un buen nombre entre sus contemporáneos, cuando, por motivos enteramente personales, abandonó las playas de su patria para establecerse en Madrid.

En 1841, dió á luz un pequeño volúmen de poesías con el título de *Preludios del Arpa*. Viviendo unas veces con los recursos que le proporcionaba su calidad de escritor, y como profesor de esgrima otras, ha podido atravesar épocas calamitosas para él, y que deben haber influido en su porvenir literario : vemos, en efecto, que las últimas composiciones de Orgaz son muy inferiores á las primeras. El periodista ha matado al poeta.

Orgaz es uno de los pocos poetas cubanos que se distinguen por esos fuertes y enérgicos versos, por esa elevacion de estilo y esos rasgos atrevidos y valientes que forman la esencia de la Oda.

Heredia, Plácido, Velez, la Avellaneda y Orgaz, son los que en su patria han cultivado con mas éxito esta poesia elevada, muy poco popular en Cuba, donde la instruccion literaria no ha penetrado aun en las masas.

Sin embargo, en este género, apesar del mérito superior de alguno de los ya citados, Orgaz es el poeta mas conocido del pueblo cubano. Empezó á brillar en la década de 1840 á 1850.

DIOS

Omnipotente Dios, deja que henchido
Mi corazon de sacrosanto fuego
Pueda alzar con mi cántico escogido
Al blando son del amoroso ruego
La voz de la verdad.

No mas en vano
Tornen mis ojos á buscar, Dios mio,
La inspiracion del pecador cristiano,
Ni mas tampoco el turbulento rio,
Cuando al tocar sus ondas con mi mano
Le pregunte por tí rodando impio
Me grite, mas allá!...

Dios soberano
Yo en la tierra y el cielo te buscaba
En el vivo fulgor de las estrellas,
En el gigante trueno que rodaba
Y en la suprema luz de las centellas,
Y todo me gritaba :
Aun está mas allá!!

Del nuevo dia
Te busqué en las sangrientas vestiduras
Con que el rojo horizonte se colora
De la noche en las negras colgaduras,
Y en el rocío de la blanca aurora :
En las corrientes puras,

En el bosque, en el risco, en las llanuras,
En la escabrosa cumbre
Del régio sol en la encendida lumbre
Que en mitad del estío me abrasaba
Y todo me gritaba
Aun está mas allá!!!

Entre la nube
Que gira sin cesar de amor sediento
Al torbellino que en los aires sube,
Y al huracan violento
Por tí les pregunté, y á las tormentas
Que alzadas en mitad del Océano
Amenazan sus ondas turbulentas ;
Y esos volcanes que encendió tu mano,
Y todo, todo me gritó : Es en vano
Aun está mas allá!!!... y aun mas lejano.....
Perdon, perdon, si en mi delirio extremo
El espacio en tu busca recorria :
;Bajo que forma en tu esplendor supremo
El ojo de un insecto te veria!!!...
Perdon, perdon, quisieron mis arrojados
Mirar la lumbre de tu rostro pura,
Cuando la luz de sol es sombra oscura
Comparada á la lumbre de tus ojos.
¿Quién ver podrá la faz de tu vestido?
¿Quién se alzará á tu vista delirante
Que no caiga en cenizas confundido

Al divino explendo de tu semblante?
 ¿Quién pudo un solo instante comprenderte?
 ¿El hombre que en su mísero egoísmo
 Solo alzará su voz para ofenderte
 Y hundirse en el abismo?
 El hombre, ¡oh Dios que se vendió á la muerte
 Porque jamás se comprendió á sí mismo?
 Insensatos... en vano se devoran
 En pos de tus gigantes torbellinos,
 Y tristes y mezquinos,
 Su imbécil ciencia con orgullo adoran.
 En vano revolviendo, pergaminos,
 Pasando van su juventud lozana
 Que el mañana, á sus ojos, siempre oscuro,
 El yelo deja en su cabeza cana,
 La tez arruga de su rostro impuro.
 Allí están esos rayos diamantinos,
 Con que el espacio sin cesar rodeas;
 De tus plantas de fuego se desprenden
 Y las etéreas bóvedas encienden.
 La luz que centelleas
 Alumbró el firmamento
 Con nuevas tintes de color sangriento,
 Que mas y mas acrecen
 Ó á tu divino soplo desaparecen.
 Allí se cruzan tus celages rojos:
 Del ancho mar el espantoso seno,
 Acá fatiga mis cansados ojos.
 ¿Dónde su falda colosal termina?
 Tú le diste á su voz la voz del trueno,
 Y á tu expresion divina
 El tiempo que pasó sobre él se inclina.
 ¿Y quién será que penetrar presume
 De esta creacion el escondido nombre?
 ¿Será el hombre, Señor, y siempre el hombre?
 No, que tú estás en la brillante espuma,
 Y tú en la tromba que á sorberle baja,
 Y tú en los pliegues de su densa bruma
 Que á tu mirar divino se desgaja.
 Venga el que quiera á comprenderte osado:
 Lo mas pequeño á su pensar escoja
 De todo lo creado.
 Busque al insecto en su existir menguado,
 Ó desnude al arbusto hoja por hoja.
 ¿Dónde están los tesoros de la nieve?
 ¿Quién engendró las gotas del rocío?
 ¿Quién dió á la vida su misterio breve?
 ¿Quién á la muerte su color sombrío?
 ¿Quién separó las aguas confundidas
 Y la luz esparció sobre la tierra?
 ¿Cómo en las ricas fuentes de la vida
 Brotó un ángel de paz y otro de guerra?
 ¿Quién con su planta la creacion deshizo?
 ¿Quién hizo hervir el mar en hora aciaga?
 ¿Quién le dió al sol ese fulgor rojizo,
 Cuyo espejo brillante
 Cual moribunda luz tiembla y se apaga
 Á la suprema luz de tu semblante?
 ¿Quién, sino tú, Señor omnipotente,
 Quién sino tú, que á la materia ruda

Infundistes el ánima viviente,
 Y mezclaste al veneno de la duda
 La ponzoñosa hiel de la serpiente?
 De espíritus de gloria circundado
 Sin principio ni fin, por donde giras,
 Flota ese pabellon tornasolado,
 De las auroras que á tus plantas miras,
 Y en el supremo altar donde reposas,
 El divino escuadron de tus doncellas
 El rico aroma de celestes rosas
 Bajo tus plantas bellas.
 Derraman amorosas.
 Tus ojos son la luz que te ilumina,
 Porque á tu faz se apagan las estrellas
 Y hasta del sol la creacion divina
 Vierte la lumbre que le dan tus huellas.
 Tú eres el todo: la verdad querida,
 La luz del cielo, la virtud que encanta,
 La belleza escogida,
 La eternidad que espanta,
 Y el perfume de vida
 Que entre el cielo y la tierra se levanta.
 Y el hombre solo en su mortal zozobra
 Quiere ser grande y como tú escogido:
 Grande es, Señor, tú mismo lo has querido,
 Que es de tus manos la mas rica obra,
 Y es grande y bello cuanto tu obra ha sido.
 Mas no le culpes, no, si arrebatado
 Se juzga envanecido,
 Que vela un ángel su existir sagrado,
 Que él vé un principio en la materia loca
 Que no vá unido á la fatal materia,
 Y piensa en su miseria
 Que es el divino aliento de tu boca.
 Y es ese aliento que en su mente gira
 Espíritu de fé que le envanece,
 Que le grita sin tregua cuanto gira
 En torno tuyo, el Creador te ofrece:
 Espíritu de fé por quien delira
 Que en su triste existencia le adormece
 Tras la esperanza que tu amor le inspira.
 Sal de una vez, en tu esplendor yelado
 Dáale fuerza á sus ojos para verte,
 Y el hombre de sus culpas perdonado,
 Si nunca comprenderte,
 Pueda al sentirse de tu luz bañado,
 Bajo el cristiano emblema,
 Siempre adorar tu creacion suprema.
 Que agite tu cuadriga soberana
 La corte angelical de tus vasallos,
 Y abra á lo ménos á la especie humana
 Á regir tus indómitos caballos.
 Tus espíritus sigan tras tu carro
 Brotando, rayos de color sangriento,
 Que purifiquen el inmundo barro
 Que tú animaste con tu mismo aliento.
 Y este monte de tierra carcomido
 Que alzaste de la nada,
 Paraíso perdido,
 Que lleva en su portada

Del crimen el castigo merecido;
 Con tu dulce mirada,
 Torne á su Eden querido.

Vuelva á ser á tus plantas lo que há sido.
 Sal de una vez, que si tu lumbre pura
 Ilumina este globo que te adora,
 No tornará la tempestad traidora
 Á combatirlo impura:
 Léjos irán los recios huracanes,
 Y el mar se aplacará como un espejo,
 La entraña se helará de los volcanes
 Y mientras brille tu eternal reflejo
 Ni fiera alguna rugirá inclemente
 Ni el aspid brotará de la serpiente.
 Lanza una chispa de esa lumbre pura,
 Viertan fuego las ruedas de tu coche
 Y el fulgor celestial de tu hermosura,
 Disipe las tinieblas de la noche.

Á LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE NAPOLEON

Esas cenizas que arrebató el hombre
 Sobre las rocas del pendon britano,
 Los restos son del génio soberano
 Á cuyo excelso nombre
 Tembló la Tierra y se agitó el Océano:
 Esos los restos son que veinte eneros
 Bajo el leopardo de Albion pasaron,
 Sin escuchar los cánticos guerreros
 De los valientes que á su voz triunfaron.

Hoy se alza en torno la atrevida planta
 Y en el sepulcro del coloso toca
 Y el mundo horrorizado se adelanta,
 Que en su esperanza loca
 Juzga que del sepulcro se levanta:
 Un rey le guarda y otro le pide
 Tarde conocen, tarde al semidios,
 ¡Ay! si su sombra con los dos se mide
 Es mas grande su sombra que los dos.

¿Por qué le buscan en su estrecho osario
 ¿Por qué profanan el sagrado asilo
 Del calabozo oscuro y solitario,
 Donde, en mortal sigilo,
 Descansa entre los pliegues del sudario?
 De Luis Felipe el generoso pecho
 Quiso arrancarle á la extranjería historia
 Por brindar en su pátria blando lecho
 Al génio de los génios de la gloria?...

Nunca, jamás; el déspota temblaba
 Sobre un volcan que fermentaba oculto,
 Y Luis que ya en el trono vacilaba
 Los restos del coloso demandaba
 Por fascinar al popular tumulto.

Alumbre nuestra mísera existencia
 Que es tuyo el galardón de la victoria;
 Vierte en el alma un soplo de tu ciencia
 Como pusiste un rayo de tu gloria
 En el puro cristal de la conciencia.
 Y salva al mundo que infeliz te invoca
 Como Señor, y Padre, y Dios y todo,
 Y este destierro universal revoca
 Donde se arrastra en corrupcion y lodo:
 Perdónalos, Señor, por tus amores,
 Haz de esta valla tu ciudad querida,
 Nueva Jerusalem brote entre flores,
 Por la brisa que exhalas remecida:
 Nueva Jerusalem con los colores
 De tu faz encendida:
 Y á tu acento amoroso,
 Haz que la tierra, floreciente y bella,
 Sea para el amor cual doncella
 Para el amor del prometido esposo.

Y ellos bastaron á su débil solio
 Para calmar del pueblo la arrogancia
 Y envolver en su vasto monopolio
 El juramento de la jóven Francia.

Por eso torna ante el sangriento muro
 De esa nacion que le brindó en su copa,
 Sobre los hombros de enlutada tropa
 El que con pié seguro,
 Holló los timbres de la vieja Europa.
 Y en humo su grandeza convertida
 Como un espejo que empañó la suerte
 Vuelve á aumentar las glorias de su vida
 Revolviendo el imperio de la muerte.

Que ese monton de pálida ceniza
 Fué la creacion que se arrojó en la nada,
 Dejando en medio á la sangrienta liza
 Su gloria agigantada,
 Que el universo mundo preconiza.
 Quiso reinar, y el trono de cien reyes,
 Cayó á sus piés y á su mirar profundo,
 Con sangre escritas sus terribles leyes
 Penetraron los términos del mundo.

Quiso morir, y se entregó al britano,
 Que con traidora rabia le desploma,
 Si ser querido hubiese un Dios tirano
 Con levantar la mano,
 Mas grande hubiera sido que Mahoma.
 Que en medio de esa roca descarnada
 Donde ahuecaron su gigante tumba
 La tempestad lanzándose agitada
 ¡Napoleon, Napoleon! retumba.

Grande en su vida fué, grande caído,
Mas grande al espirar, grande en su muerte
Que para el grande pereció el ovido,
Y grande torna en su postrera suerte
Ante ese imperio que dejó perdido.
Tended su tumba en su imperial alfombra,
Donde le bañe el resplandor del cielo,
Que no se irrite su terrible sombra
Y el mónstruo popular levante el vuelo.

Dejad que llegue entre el pavor y espanto
Cubierto con las galas de la muerte,
Que el pueblo en las exequias se divierte,
Sin que el fúnebre manto
Le indique los vaivenes de la suerte.
El pueblo con el féretro se halaga
Vagando entre el feston de su cubierta,
Sin que piense si el génio que se apaga
Deja tal vez una esperanza cierta.

Dejad que llegue entre el incienso vano
Ante la faz de un pueblo que le llama,
Y alzad en su panteon el oriflama
Que en su robusta mano
Onduló con los cantos de la fama.
Que al ver sobre sus restos tanta gloria
No habrá en el mundo quien sus glorias cuente
Porque nunca cabrán en la memoria
Ni un pensamiento habrá que las comente.

A MI AMBICION

¿Quién eres tú, fantasma soberano
Que turbas sin cesar mi corazón?...
¿Por qué me arrastra tu inconstante mano
Perdida mi ilusión?

¿Por qué en la nube transparente pintas
Desnuda y sin colores la verdad,
Si de la nube en las variadas tintas
Rueda la inmensidad?

¿Por qué me henchiste el corazón de orgullo
Con locuras de gloria y de valor,
Si he de escuchar en lúgubre murmullo
Mi triste desamor?

Tú me arrancaste de mis patrios lares
En pos de gloria, y de saber en pos,
Y allí encontré ignorancia, allá pesares,
Porque la ciencia es Dios.

Si ensanchaste mi torpe inteligencia,
Mi frente envejeciste, y mi laúd

Su rápida existencia es un problema
Y su nombre la cifra soberana,
Donde los sábios que vendrán mañana
Leerán su anatema
Sobre el orgullo de la especie humana,
Y en torno irán sus vástagos perdidos
En pos de su fatal soberanía
Por sostener principios mal tegidos
De un trono que no tuvo dinastía.

Que su génio fué el cetro de su vida
Que puso Dios en su potente mano,
Y su alcázar el mundo soberano
Que libre en su caída
Le vió hundirse en mitad del Océano.
Por eso, con su muerte, el Capitolio
Cayó el polvo como débil paja,
Y el manto augusto de su inmenso sólio
Fué á servirle de misera mortaja.

Inclina ¡oh Francia! tu indomable frente
Ante esa gloria entre el feston grabada,
Que mas grande serás, cuando postrada
Juzgues humildemente
Tus glorias confundidas con la nada.
Porque esa eternidad funesto arcano;
Que el pensamiento sin cesar devora,
También puede absorberte en una hora
Como absorvió á Pompeya y Herculano.

Ora es árida y seca mi existencia,
Sin flor, ni juventud.

¿Y éste es el desengaño? ¿éstos los dones
Que en tu copa nos brindas, Ambición?
Llévate en paz mis dulces ilusiones
Mas deja al corazón.

Huye de mí, fantástica mortaja,
Que corres tras mis horas de placer,
Vete á esperarme en la mortuoria caja:
Déjame renacer.

Que aun puedo ver entre celages de oro
Esos prismas de púrpura y zafir,
Y en los placeres que perdidos lloro,
Mi dulce porvenir.

Aun puedo ver la Aurora que derrama
Luz y rocío en cielos y vergel,
Y ver entre el vergel rocío y llama
Al santo de Israel.

Aun puedo ver el Sol esplendoroso
Y respirar su aliento abrasador,
Y ver sobre su espejo luminoso
La imájen del Señor.

Aun puedo ver el horizonte puro
Las misteriosas ráfagas de luz;

Y dirigir también mi pié seguro
A la sagrada Cruz.

Huye de mí, fantástica mortaja,
Que corres tras mis horas de placer,
Ves á esperarme en la mortuoria caja;
Déjame renacer.

EL HURACAN

Arcángeles de fuego que en la cumbre
Del Cuzco abrasador, con vuestro aliento
Alimentais la poderosa lumbre,
Donde se inflama el irritado viento;
Dadme, con el inmenso poderío
Del ronco trueno y la feroz tormenta,
La ardiente inspiración; y á la sangrienta
Luz que despida el cántico sombrío,
De las tumbas rasgando el denso velo
Tiemble la tierra y se extremezca el cielo.

Ya del horrendo día
La imájen espantosa,
Agitando mi ardiente fantasía,
Ofrece ante mis ojos fatigados
Muertes, desolación, males sin cuento,
Bajeles destrózos,
Cadáveres sin forma, mutilados
Por la furia del viento;
Y elevadas montañas
Al nivel de las frágiles cabañas.

Montes, collados, valles y colinas,
Todo respira destrucción y muerte
Y todo se convierte
En soledad y ruinas.

El trueno sin cesar ronco retumba,
Palidece la tierra estremecida,
Y es la ciudad querida
A tanta destrucción estrecha tumba:
En medio de sus miserios escombros
Rota, mira en su frente
La diadema del sol, y juntamente,
Roto, brilla en sus hombros
El manto virginal. ¡Mustia palmera
Sin frutos y sin flores,
Cuando al tender su verde cabellera
Brotaban á sus plantas los amores,
Y el industrioso labrador henchía
Sus anchos almacenes
Con los colmados bienes
Que en tu fecundo seno recogía!

¿Esperabas acaso
Que al impetu del rocío torbellino,

De tus manos cayera el rico vaso
De tanto bien como te dió el destino?
Mas ¡ah! que al contemplar tanta riqueza
La ambición inelmente,
Con venenoso diente
Emponzoñó tu seno, y tu belleza
En mortal palidez trocó su vida.

Ya el corrompido vicio,
Inoculado en tu existencia herida,
Completó el sacrificio,
Que á tanto mal y desventura tanta
El pérfido egoísmo
Abrió á tus ojos el horrible abismo
Que ruge sin cesar bajo tu planta.

Y que, ¿pudiera el Dios de lo creado
Permitir que obcecada en su torpeza,
Por la flor venenosa del pecado
Se trocara la flor de su pureza?
Nunca, jamás. Sus ojos indignados
Sobre Cuba fijó el Omnipotente,
Y á una señal de su terrible frente
Los astros se eclipsaron,
Los cielos de temor enmudecieron,
Y los polos del mundo retemblaron,
Y á contemplar á Cuba se volvieron.
Tiembla, nueva Salen, que ya la mano
Del Señor te abandona:
Ya en tus sienes princesa del Océano,
Vacila tu corona.

Ya el silencio de muerte, nuncio horrible
Del huracán sangriento, te rodea;
Ya en la montaña humea
Sofocante vapor. Los horizontes
Extienden su gigante vestidura,
Y los cercanos montes
Hunden su frente en la tiniebla impura.

Ya el cárdeno relámpago serpea,
El lejano rumor se acerca y crece;
Y mas y mas el día se ennegrece.
Ya sacude su frente el terremoto
Y tus cimientos sólidos quebranta,

Y ya azotando al irritado Notó,
El Señor de los aires se adelanta.

¡Ya no hay piedad! El huracán sangriento,
Asordando los cóncavos espacios,
Rompe la nube, arrasa la montaña.
A su potente saña
Desplómanse cabañas y palacios.

Pirámides de arena movediza
Rodando van á su terrible empuje,
Y á la luz del relámpago rojiza
El hondo mar horrorizado ruge.

Adonde toca su terrible diestra,
Las huellas deja de su golpe aciago;
La luz del sol ocúltase siniestra,
Y el mar aumenta el infernal estrago;
El Océano hasta las nubes toca,
Su inmensa mole en remolinos sube,
Y descendiendo de la ardiente nube,
Rodando cae en la cubana roca.

¡Ya no hay piedad! Los abundosos prados
Conviértense en incultos arenales,
Los bosques regalados
En desiertos eriales;
Y que, ¿será posible, Dios piadoso,
Tan horrible escarmiento?
Tú, que sublime, eterno y poderoso,
Descubres el oculto pensamiento,
Tú lo sabes, Señor, la patria mía
Es á tus ojos bella, es inocente,

EL DESAGRAVIO

¡Adios, mujer, tú misma te engañaste,
Tú me creiste amar y amor mentiste,
Fué una ilusion hermosa que soñaste,
Un fantasma de amor que concebiste.

Ya el fantasma voló que te engañaba
Y el velo de tus ojos se arrancó,
Mas un mortal entonces te adoraba,
Y ese mortal soy yo.

Tú lo sabes, mujer, y el cielo sabe
Que tu amor no fué amor, fué un desvarío,
Un pensamiento que en la fé no cabe,
Porque es, mujer, un pensamiento impío.

Que en tanto que frenético sentía
La lava que destroza el corazón,
La calma que tu frente adormecía
Turbaba mi pasión.

Víctima, sí, de culpa tan impia;
Pero nunca, Señor fué, delincuente.

Mas ¡cuánto horror! la fatigada pluma
No basta á bosquejar de tantos males
La numerosa suma.
Donde quiera se miran las señales
Del castigo divino:
Los ricos cafetales
Desiertos son, y el triste campesino
Busca en vano sus frágiles cabañas,
Que entre las ondas del hinchado río
Con las riquezas de sus dulces cañas
Lanzó furioso el aquilon impío.

Allá se escucha en la ciudad llorosa
El grito penetrante
De la madre amorosa,
Que estrecha contra el seno palpitante
Los restos adorados
Del hijo de su amor. Allí el anciano
Busca á su prole amada,
El hermano al hermano,
Y el amante infeliz á su adorada.

Y todo es sangre y mortandad y luto,
¡Oh cuánto horror! El ángel de la muerte
Ese recuerdo guarda en su memoria,
Y el corazón mas fuerte
Tiembla al trazar tan dolorosa historia.

Ya el pincel de mis manos se desvía,
Y triste, y sin color, y sin aliento,
Solo puedo en mi horrible sentimiento
Rogar al cielo por la patria mía.

¡Oh cuántas veces, en tus mismos ojos,
En vez de amores encontraba hielo!
Y cuántas veces me postré de hinojos
Á demandarle compasión al cielo.

Pero en vano mis cantos revelaban
La fuerza de mi ardiente frenesí;
Pues, por mas que mis lágrimas rodaban,
Ni aun conmoverte ví

Que si acaso tus lábios se entreabrieron
Para jurarme un tiempo tu cariño,
Juraron sin saber lo que mintieron
Como nos jura en su ignorancia un niño.

Y yo ciego de amor me presumía
Que era cierta, mujer, tu adoración;
Y entonces se aumentó la idolatría,
Perdióse mi razón.

Te amaba con furor cual no es posible
Que otro mortal ninguno lo sintiera;
Mi pecho era un volcan inextinguible,
Mi corazón una gigante hoguera.

Y el mundo para mi ya no brillaba
Que el fuego que mis huesos penetró
Era un fuego de amor que me cegaba,
Que nadie comprendió.

Era un mundo feliz con sus colores,
Era una fuente que brotó escogida
Y tú, envidiosa, por tocar sus flores
Marchitastes el curso de su vida.

Borróse el mundo, se secó la fuente,
Pero las lavas aun ardiendo están,
Porque no se destruyen de repente
La hoguera y el volcan.

No se borran tan fácil las pasiones
Que el corazón del bardo destrozaron,
Solo acaban, mujer, las ilusiones
Pero no las creencias que dejaron.

Que existen para siempre en la memoria
Como un fanal que alumbra mi existencia,
Para ver en la cifra de su historia
Reflejarse al padron de tu conciencia.

Quédate, adios, las horas de mi suerte
Pasarán por mi frente desteñida,
Como pasan las sombras de la vida
Por el desierto campo de la muerte.

Soportando el dolor entre placeres,
Y buscando el placer en los amores
Y buscando el amor en las mujeres
Para encontrar en la mujer rigores;

Y apurando la copa engañadora.
Que me brindó risueña tu beldad....
Pero ya es tiempo de escuchar, señora,
La voz de la verdad.

Porque nunca jamás tanto martirio
Vendrá á turbar mi juventud tranquila,
Ni sentiré el furor de mi delirio
Al siniestro mirar de tu pupila.

No mas tu amor.... la pálida mejilla
Volverá con el tiempo á colorar,
Sin que torne á doblarse mi rodilla
En tu mezquino altar.

Porque tu vista engañadora quema,
Cuanto al pasar en su inconstancia toca,
Porque llevas escrito un anatema
Bajo el plegado de tu virgen toca.

Quédate, adios, mujer, con tus brocados
Torpes esclavos de tu amor tendrás,
Encontrarás amantes potentados,
Pero mi amor jamás.

Que mísero en mi pátria, y peregrino,
Pero altivo por Dios, en mi pobreza,
Miré, á pesar de mi fatal destino,
Á mis plantas tu orgullo y tu riqueza.

Desprecié tu riqueza, hollé tu orgullo
Y rechazé tus quejas con valor,
Porque solo buscaba el blando arrullo
Del verdadero amor.

Y altivo, si, porque jamás el oro
Pudo turbar del corazón la calma;
Que yo tengo en la mente mi tesoro,
Y busco los tesoros en el alma.

Tesoros que en el mundo no se heredan
Y el hombre pensador les dá una historia
Y cuando al hombre discantar concedan,
Tendrán también su eternidad y gloria.

Mas si acaso te engaña tu confianza
Y es tu ofendido orgullo el que te inquieta,
No me importa tu anhelo de venganza
Que un amor virginal es mi esperanza
Y ambicion un lauro de poeta.

Quédate, adios, ya el rayo de la luna,
Penetra en la pupila amarillenta,
Ya pasó la ilusion de la fortuna:
Ora queda el rumor de la tormenta.

Y solo anhela el desengaño mio
Que entre el clamor de funeral campana,
Sientas latir tu corazón vacío
Insensible al amor, y oscuro y frio
Como el sepulcro adonde irás mañana.